

¿Qué cosa es la Revolución FRANCESA?

El Estado burgués de sistema parlamentario quedó constituido y consolidado en forma definitiva a mediados del siglo XIX en Inglaterra; pero en lo que hace a Europa Continental, sus bases habían sido sentadas por la Gran Revolución ocurrida en Francia desde fines del siglo XVIII.

En el año de 1789 se inicia la revolución social de la burguesía francesa, lo cual quiere decir que había sido abatido el régimen feudal, condenado a sucumbir en vista de las transformaciones económicas que por entonces se operaban no solamente en Francia, sino en toda Europa.

Durante el desarrollo de los medios de producción y de intercambio creados en el seno de la sociedad feudal llegó un momento en que las condiciones bajo las cuales esa Sociedad producía y cambiaba sus productos, así como la organización feudal de la agricultura y de la manufactura, en una palabra, el régimen de propiedad señorial, no correspondía ya a las fuerzas productivas en plena evolución. En vez de secundar la producción, las citadas condiciones le servían de trabas, transformándose en otras tantas cadenas que se hacía necesario romper. En esto consistió, precisamente, la obra de la Revolución Francesa y de las Guerras napoleónicas. (Véase el Manifiesto Comunista, página 22 de la última edición del Bureau d'Editions, París.)

¿Por qué estalló primeramente en Francia la Revolución burguesa?

El hecho de que la Revolución condicionada por esa transformación económica estallara en Francia no significa forzosamente que a fines del siglo XVIII dicho país fuera el más desarrollado desde ese punto de vista en toda Europa. En verdad, el desarrollo económico se hallaba allí en retardo, comparado con el de Inglaterra. El ritmo violento de la evolución capitalista había obligado al Gobierno inglés a hacer toda una serie de concesiones en favor de la burguesía: concesiones que ésta le había arrancado desde el siglo XVII (1648). En cambio, en Francia, las contradicciones que existían entre el desarrollo de las fuerzas productivas (el capitalismo ascendente)... y el régimen político establecido (Estado feudal y absolutista) se agudizaban en tal forma que no pudieron resolverse más que en revolución armada.

En otras palabras, la revolución burguesa de fines del siglo XVIII no empezó en el país más desarrollado en lo que hace al aspecto capitalista, sino en el que constituía como dice Lenin, *«el eslabón más débil de la cadena»*, o sea el sector de menor resistencia del régimen político decadente.

Otro tanto sucedió con la revolución proletaria que muchos hombres de nuestra época vivieron o están viviendo. El marxismo no pretende que el derrumbamiento del sistema capitalista ha de efectuarse primeramente en el país donde el capitalismo hubiere llegado a su más alto desarrollo, sino más bien como en realidad sucedió. Ya vimos, en efecto, que la revolución socialista surgió primero en la vieja Rusia zarista y luego en un país todavía más atrasado y sometido a potencias imperialistas de sumo desarrollo industrial (China), mientras que en los países capitalistas intensamente desarrollados, como Alemania, ese mismo movimiento revolucionario apenas está por cuajar.

El desarrollo del capitalismo y el antiguo régimen

Cabe recordar que en vísperas de la revolución, Francia era, ante todo, una nación de campesinos. El 92% de los habitantes, cuando menos, vivían en el campo. Existían pocas ciudades grandes. París apenas tenía 600,000 habitantes y Lyon 135,000.

Sin embargo, reinaban ciertas condiciones favorables al desarrollo capitalista en la industria y el comercio. Durante las últimas décadas que precedieron a la Revolución, Francia atraviesa por un rápido desarrollo económico. Su comercio exterior, que apenas ascendía a 214,800,000 libras en el período de 1717 a 1720, asciende a 1,011,600,000 libras en el de 1784 a 1788, denotando un visible crecimiento de la exportación en materia de productos industriales. Las plazas comerciales, como Marsella, pasan a primer término; se convierten, simultáneamente, en centros de las más variada actividad manufacturera.

Debido, con todo, a las relaciones feudales que subsistían en el país, dicho desarrollo comercial tropezó con enormes obstáculos. No había mercado libre. Francia entera estaba dividida en provincias separadas entre sí por fuertes barreras aduanales. Existían, además, derechos de peaje, etc. De esta manera se explica, por ejemplo, que un tonel de vino resultara valorado 20 veces más al ser transportado de Orleans a Normandía. Tampoco había unidad nacional en el sistema de pesas y medidas. Todo esto le dificultaba enormemente los negocios a la burguesía.

Además, *«la contradicción surgió entre las instituciones feudales y las necesidades de la nueva economía capitalista en materia agrícola»*.

Los campesinos, a pesar de aparecer como propietarios, no disponían libremente de la tierra que trabajaban, ya que toda parcela pertenecía en realidad a un señor, laico o religioso, a quien ese mismo campesino debía pagar un cúmulo de tributos, a veces muy elevados. Además, si el campesino podía vender algo en el mercado, por regla general no tenía derecho a hacerlo sino varias semanas después de que su señor lo hubiese efectuado, lo que significaba un privilegio para éste, sobre todo, tratándose de trigo y de vino.

Es más, hay que decir que en Francia todavía existían siervos; esa especie de esclavos, que ascendiendo a cerca de un millón y medio, labraban las tierras que en forma inalienable pertenecieron a la Iglesia. Por regla general, los campesinos vivían agobiados de impuestos (por ejemplo, el de la sal y la gabella), que solían sustraerle hasta las dos terceras partes de la renta de su parcela, al paso que los nobles y los miembros del clero se veían casi totalmente eximidos. A todas esas cargas había, por último, que agregar la *«corvée»*, faena que el siervo debía ejecutar gratuitamente en la construcción de caminos; los diezmos requeridos por el clero; la privación del derecho de caza y pesca y, a menudo, también, el servicio militar.

La situación del campesino era de tal modo abrumadora que en la mayoría de las ocasiones dejaba sin barbechar la tercera parte de las tierras laborables.

El problema del campesinado constituía uno de los problemas apremiantes de la revolución; en primer lugar, porque los campesinos en masa descubrieron la tierra, y en seguida, porque la burguesía tenía especial interés en que se operara cierta transformación en los destinos de aquéllos, con vista a un mejor desarrollo del mercado interior.

Por lo que se refiere a la industria francesa, hay que confesar que no dejó de lograr cierto impulso; pero tropezando, en todo caso, con múltiples dificultades de carácter puramente feudal. Al lado del capitalismo, que crecía en las ciudades explotando a los obreros *«al bres»*, seguían existiendo las viejas corporaciones y el

Consecuencia con nuestro propósito de hacer de "Trabajo" un vehículo de capacitación de los trabajadores, a más de su papel de denunciador de injusticias y de orientador de la opinión en frente de los problemas sociales que surgen cada día, iniciamos hoy la publicación de un curso de historia del movimiento obrero internacional. La presente es la primera lección. Continuaremos publicando una lección en cada uno de los números sucesivos.

El curso lo da por correspondencia la "Universidad Obrera de París" y ha sido traducido por Armen Ohanion y Makedonio Garza, y publicado en folleto por la Secretaría de Educación Pública de México.

Excitamos a los compañeros a estudiar con atención este importante trabajo.

artesano patriarcal, que unía en fuertes gremios a maestros, compañeros y aprendices.

También existía una infinidad de reglamentos oficiales y de arcáicas restricciones.

«La burguesía industrial no estaba de rechazar imperiosamente la supresión de esos cadenas reglamentarias, al propio tiempo que la abolición de instituciones seculares que gravitaban sobre la actividad económica».

Los directores de las manufacturas pedían la libertad de fabricación, así como los negociantes la libertad de tráfico, el régimen feudal excluía lo uno y lo otro.

«Aún no se conocía el proletariado como clase; las masas proletarias no tenían todavía ideas ni ideales propios, opuestos a los de la burguesía».

La clase obrera se componía, por una parte, de trabajadores de la industria a domicilio o de la manufactura, y por la otra, de compañeros a aprendices del artesano corporativo. Los compañeros estaban organizados en cofradías o especies de sociedades mutualistas de carácter semi-religioso o semi-sindical, mismas que no eran lo suficientemente poderosas para enfrentarse con la burguesía.

«El elemento dirigente de la revolución no podía, en consecuencia, ser otra que la burguesía. Fue ella, pues, la que encabezó a la población laboriosa que se había levantado en contra de la nobleza y el clero, los dos "órdenes" privilegiados o, como se dice también, los dos "Estados Privilegiados del Antiguo Régimen». Los que no pertenecían ni a la nobleza ni al clero, formaban parte del tercer "orden", o sea, del "Tercer Estado."

La ideología burguesa del siglo XVIII.—Elementos de ideología comunista

Esa burguesía que encabezó a las masas laboriosas contra el régimen feudal impuso al mismo tiempo una nueva filosofía, una nueva concepción del mundo.

El burgués del siglo XVIII tenía ideas totalmente distintas a las que tiene el burgués de hoy; aquél se rebelaba contra la tiranía de la religión y de la superstición; era optimista, creía en la fuerza del progreso y en la felicidad y virtud del hombre una vez que éste fuera liberado de las cadenas feudales. Sentía amor por el pueblo; hablaba de igualdad y de fraternidad. Mas con todo, ese burgués seguía siendo propietario y como tal, ya era individualista.

El burgués se imaginaba que antes de los tristes tiempos feudales había habido una época en la que reinaba el derecho natural. En esa época la sociedad no estaba dominada por la violencia. Pero un día los hombres, en un plano de igualdad e independencia, tomaron un acuerdo llamado "contrato social", para constituir la sociedad. Esto significa que desde el momento en que el régimen social se torna pernicioso para la masa de ciudadanos, éstos tienen el derecho de rebelarse y derrocarlo. De suerte que la burguesía del siglo XVIII fué a menudo revolucionaria.

Sus ideólogos más conocidos son: VOLTAIRE (1694-1778) que pedía reformas contra el despotismo, la superstición, etc.

MONTESQUIEU (1689-1755) que quería destruir la monarquía absoluta e instituir un equilibrio de tres poderes: El Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial.

«Los Filósofos», que consideraban como natural el principio de la libre concurrencia, «dejar hacer, dejar pasar» en vez de la reglamentación feudal, que ponía innumerables trabas a la actividad económica;

«Los Enciclopedistas» (Diderot, D'Alambert, etc.) que elaboraron un diccionario general de ciencias, artes y oficios, llamado Enciclopedia, con la convicción plena de que el progreso de la razón y de la felicidad humana se hallan íntimamente ligados al progreso de la actividad económica al romper los cuadros feudales.

Entre los ideólogos de la pequeña burguesía hay que citar en primer término a JUAN JACOBO ROUSSEAU, su cuya teoría se mezclan aspectos revolucionarios y reaccionarios, ya que predicaba una democracia bastante avanzada, pero al mismo tiempo soñaba con un retroceso a la antigua edad de oro, sin industrias, sin técnicas, sin vida urbana, etc.

Finalmente, encontramos en el siglo XVIII algunos representantes aislados de las tendencias «socialistas». Por ejemplo, el cura MESLIER (1664-1729) quien dejó un «testamento» en el que declaraba la guerra a la religión y a la desigualdad. Más conocidos fueron HEBLY y MORELly, quienes escribieron durante la segunda mitad del siglo, siendo partidarios de un comunismo agrario. No teniendo el menor presentimiento de lo que podría ser la ideología del proletariado moderno, éstos autores enfocaban todo el problema a través de los recuerdos de la historia romana y exigían una «ley agraria» que diera tierra a cada familia, limitando la propiedad raíz.

El proletariado no constituía aún una clase verdadera; no contaba con la fuerza suficiente para elaborar un sistema de ideas. «Las ideas que imperaban en una época dada, siempre han sido y serán las de la clase dominante» (Manifiesto de Comuna).

La burguesía iba a triunfar; eran, pues, sus ideas, las que dominaban.

El desastre económico de 1788-1789

La cosecha de 1788 había sido muy mala; el invierno de

1788 a 1789 muy crudo. Hubo motines provocados por el hambre. El tratado de comercio firmado con Inglaterra en 1786 había acarreado la desocupación. La crisis económica determinó una crisis presupuestal y en el ramo de las finanzas los ministros se sucedían sin cesar. Se hacía inminente la bancarrota del Estado.

El rey decidió convocar a los Notables, que eran los representantes de la aristocracia feudal, 1787, pero éstos no pudieron proporcionarle el dinero necesario. Se hizo menester, entonces, convocar a la antigua asamblea de los Tres Estados, (nobleza, clero y pueblo), conocida también con el nombre de Estados Generales que desde 1614 habían dejado de sesionar.

La insurrección popular, con ayuda de la burguesía, derroca al feudalismo

Sólo que la relación de fuerzas sociales había cambiado. La burguesía que, encabezando al Tercer Estado, había obtenido para éste tantas curules como los que la nobleza y el clero juntos tenían, no perdonó más que un sólo postigo en cuanto los Estados Generales se inauguraron, el 5 de mayo de 1789; no ya el de buscar recursos de presupuesto, mira principal de la Convocatoria, sino más bien el de modificar la constitución política, de manera de poner término al dominio imperante de los privilegiados, o sea al régimen feudal.

Para llevar esto a cabo el Tercer Estado, contra la voluntad del rey, y a pesar de los privilegios de la nobleza o del clero, decidió transformarse en Asamblea Nacional Constituyente; en una asamblea cuya tarea consistía en elaborar la nueva Constitución de Francia. Esto ocurrió el 17 de junio de 1789. En esa fecha creó la burguesía la base de representación parlamentaria, frente a la monarquía absoluta del antiguo régimen.

Sin embargo, la burguesía no habría podido vencer sin el auxilio de la insurrección popular. La población parisina, en plena agitación económica y política, se insurreccionó desde el 14 de julio, tomando por asalto, el 14, LA BASTILLA, fortaleza erigida en el corazón de la ciudad como símbolo palpable del absolutismo.

Al mismo tiempo, los campesinos de todo el país se sublevaron en masa, queriendo ajustarias cuentas a los señores feudales; se apoderaron de los castillos quemaron los archivos y proclamaron que las tierras quedaban, desde aquel momento, libres de todo tributo. Bajo el empuje de la insurrección campesina, durante la célebre noche del 4 de agosto, la Asamblea Constituyente votó la abolición de todas las cargas o tributos de carácter feudal.

Así fué como la acción de las masas decidió la suerte de la Revolución en campos y ciudades.

(Esta lección concluirá en el próximo número.)

Lo que vio y oyó un... Viene de a. la 5a. página

En el auto que me condujo allí con las iniciales de la UGT y de la CNT escritas con tiza en los costados, iban hombres con los rifles acomodados por las ventanillas. A unos trescientos pies del hospital, una ametralladora comenzó a salpicar balas. El chauffeur, con una gran sangre fría hacía girar el volante a la derecha y a la izquierda para evitar el fuego por medio de movimientos rápidos. Fue por milagro que llegamos a la entrada de la morgue.

El hospital. Docientos veinte cuerpos colocados en filas. Caras ya violentadas por la muerte. Siempre recordaré a aquel mozabito, muerto en una barricada cuya boca quedó abierta por el grito que había comenzado a lanzar. Ni aquel otro que fue decapitado por una granada. Todos aquellos bravos muchachos que al salir por la mañana hacia la pelea habían metido su carne en el bolsillo.

Allí estaba el obrero mety lúrgico que yo había visto en la mañana en la plaza de Cataluña y bajo el fuego de la ametralladora me había preguntado acerca de la situación política en Francia y del porvenir del Frente Popular. Antes de irse para otra barricada, me dió su dirección con un: «Hasta la vista».

Lo vi unas horas después en la Morgue.

Quisiera describir el heroísmo de los luchadores durante estos días trágicos, el heroísmo de las mujeres que ayudaban a los que manejaban las ametralladoras; de estos muchachos de cabellera salvaje que se cohesionaron a la calle a la primera llamada de su organización; de estos chibitos que corrían munición a sus mayores. No podemos narrar los hechos, hay

que pintarlos. Contar por ejemplo, del modo más objetivo, la partida de la milicia del trabajo a Zragosa. Sabido es que durante el lunes, cuando fueron llegando las noticias del resto de España, se esparció el rumor entre las milicias antifascistas que los rebeldes venían de Zragosa a Barcelona. Estos destacamentos milicianos habían sido formados en los últimos días, entre el calor de la pelea. Una inmediata reacción se vió en las filas, decidieron salir a los alrededores de Barcelona a repeler a los insurgentes. Acudieron de toda la ciudad. Los milicianos corrieron de puerta en puerta enrolando hombres de todas las edades. En menos de dos horas había miles de voluntarios listos para salir.

Quisiera poder contar aquí los hechos desconocidos impulsados por el deber, el valor de los héroes que cayeron en las bocanales, muertos por los casos de granada. Pero el tiempo pasa.

«¡Exitemos juntos a estos hombres, a este pueblo que ha ofrecido las vidas de sus ciudadanos como un holocausto a la libertad!»

«¡Viva España la República antifascista!»

(Tomado de DAILY WORKER del 15 de agosto.)

Centenares..

—Viene de la 5a. página— confiscación de la tierra de los señores de la Iglesia y su distribución entre los campesinos. La tierra debe ser de quien la trabaja, dijo

Al terminar la reunión, el entusiasmo de los campesinos fué desbordante. El CORRESPONSAL.